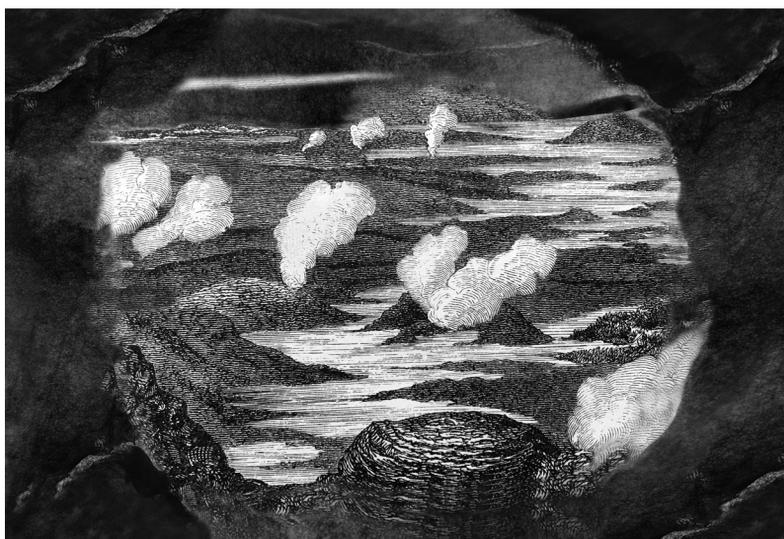


*Lámina I*



*Valle de la Guerra*

# EPISODIO

## I

Lo que en un principio parecía una pequeña aldea destartalada sobre una colina polvorienta, cobró su verdadera dimensión cuando al subir a ella contemplé miles de improvisados techos hacinados bajo los que se movían, sin aparente rumbo, una multitud de niños, ancianos, mujeres y hombres desorientados.

Desde el aire, el campamento de horizontes interminables parecía un excremento gigante esparcido sobre la tierra baldía. De cerca, el mismo olor nauseabundo y la pastosidad que lo impregnaba todo y provocaba la misma náusea, día a día, arcada tras arcada.

Pero al menos allí, en aquel lugar arrinconado del valle, «la guerra quedaba lejos», se decían los que aún creían en algo. «Tal vez sólo se ha disfrazado», pensaban los más desconfiados.

Y es que la guerra no sólo estaba en los lejanos campos de batalla sino allí mismo, después de anidar tiempo atrás dentro de cada casa, en las calles y plazas de las aldeas del valle y hasta en el propio corazón de sus habitantes. Porque muchas criaturas, en el vientre de sus madres, odiaban ya antes de nacer. Todos eran contrincantes, y es que los nacidos en aquel valle parecían llevar grabado a fuego el estigma de ser enemigos para siempre los unos para con los otros. Sólo a veces la misma sangre o religión los llegaba a unir pero en multitud de ocasiones ni siquiera y más bien ocurría lo contrario.

Por eso, entre tanta miseria, también los refugiados y huidos seguían recelando y no había quien diera nada si no recibía algo a

cambio. Todo era enemistad, intolerancia y desamor. Nadie se fiaba de nadie en el campo de refugiados.

Sin embargo, a nadie extrañó cuando bajé de la colina y me acerqué a ellos. Bastó mirarlos con mis ojos serenos para que me reconocieran como a uno diferente a ellos y se alegraran de recibirme. En la primera tienda desvencijada que me ofrecieron encontré cobijo, dejé a un lado mi saco y mi vara, me descalcé y compartí unos higos frescos que había recogido en el bosque, junto a los lirios.

Una mujer arrugada y oscura se acercó y sin decir palabra me ofreció un cuchillo de hoja curva. Lo reconocí enseguida, abrí el saco y lo guardé dentro sin hacer preguntas. Sabía que ninguna respuesta calmaría la tristeza y la angustia de recordar que aquel cuchillo me había salvado la vida el día que mi barco naufragó.

«¿Cómo habría llegado hasta allí?»

Ni me lo debería haber preguntado, porque hacía mucho tiempo que me había hecho la promesa de abandonar ese tipo de preguntas. Otras me las hacía muy a menudo:

«¿Por qué a mí me había sucedido tanta desgracia?», pensé. «A mí, que ahora predicaba la buenaventura».

Aquella misma pregunta se la hacían los refugiados, muchos de ellos heridos y enfermos, que se acercaron, contentos de tenerme a su lado y sentir mi presencia, suplicándome que escuchara sus lamentos para buscar el consuelo.

Me contaron cosas terribles que habían sucedido más allá de aquel rincón del valle: hombres castrados y decapitados a cuchillo, mujeres a las que habían cortado sus pechos, víctimas despedazadas y arrojadas a los perros, niños obligados a disparar sobre los cuerpos mutilados de sus padres; etnias y tribus exterminadas, familias enteras gaseadas, aldeas arrasadas, creyentes empalados, idólatras masacrados...

Odio, sangre, traición, persecuciones, saqueos, delaciones, asesinatos, epidemias, violencia, poder, gloria, miedo, venganza, suicidios, corrupción, desesperación, crímenes, engaño, rabia, violaciones, codicia, intolerancia, enfermedad, fuego, espanto, dolor, hambre, bestialidad, caos y muerte: LA GUERRA. ¡Cuánta insensatez, destrucción y crueldad sobre tantos ataúdes!

De todo aquello y mucho más habían huido aquellas pobres gentes sin patria empujadas a buscar refugio a la entrada del valle, sin poder salir de él porque la ley natural que regía sus conciencias los condenaba a la creencia de que sólo se podía nacer y morir en un mismo valle.

Cansados de huir del horror de la guerra, aprisionados, perseguidos, sin escapatoria posible a otros mundos y a otros valles, separados de sus familias, desesperados y perdidos, los refugiados sobrevivían a la hambruna gracias a algunas plantas del campo, al agua de la lluvia y los frutos casi secos que daban los pocos árboles que aún quedaban en pie. Así llevaban años, esperando sin saber muy bien qué.



Ahora escuchaban embelesados el sonido de mis palabras que parecían templadas y hermosas. Yo jugaba con mi voz como un alambriero con su pértiga, haciendo piruetas con las frases, guardando un profundo silencio, más pesado que una montaña de palabras, antes de dar un tripe salto mortal sobre el poder fascinante de alguna de las palabras elegidas.

Qué podía decirle a aquellos seres desgraciados que habían perdido todo, a aquellos duros de corazón, víctimas de las guerras que no eran como yo: un nómada de los valles, un prófugo de la vida feliz que disfruté en otro tiempo, un buscador de luz luchando para

derrotar la oscuridad que llevaba dentro, un hombre que a pesar de cuanto había sufrido aún guardaba viva en mi corazón la llama de la esperanza.

«¿Qué decirle a aquellas personas perdidas en el último rincón del “*Valle de la Guerra*”?», me había preguntado cuando vi cómo muchos se acercaron y se sentaron a mi alrededor.

¿Qué manera habría de darle algún sentido a sus vidas que parecían carecer de valor alguno? Cómo devolverles el olor de sus casas que dejaron abandonadas, los encajes de sus bodas ahora destrozados, las reliquias de sus antepasados pisoteadas, el olor a leche de los recién nacidos que no tuvieron casi tiempo de abrir sus ojos y ver el mundo destruyéndose; las camisas planchadas de hombres que nunca regresaron, el temblor en los labios de besos adolescentes paralizados por el estruendo de los cañones.

¿Qué manera habría de devolverles un poco de su dignidad a los que al menos habían tenido la oportunidad de poder huir y ponerse a salvo caminando descalzos por la nieve o atravesando campos minados cargando a sus espaldas con los hijos?

Antes de comenzar a hablar, ya había decidido que la palabra sobre la que girarían todas las demás sería ESPERANZA. Una palabra serena que se iba abriendo poco a poco al pronunciarla hasta abarcar su verdadero sentido: la confianza inquebrantable y firme que todos hemos de tener para lograr algo que deseamos profundamente que termine por realizarse. Había otras palabras parecidas, pero ninguna como ella procuraba al decirlo tanto bálsamo en el espíritu.

Porque las palabras dichas eran palabras que cobraban vida y que al vibrar en el aire se transformaban en energía. La energía de las palabras dichas. El poder de combinar y transformar aquella energía que salía de mi boca es lo que hacía de mí un ser esperado y deseado.

Conforme narraba, de pie en el centro del círculo, había ido girando mi cuerpo de forma imprevisible: hacia un lado, a mi

espalda, hacia el otro lado. Sabía de la importancia de los gestos y las pausas, el ritmo de mis palabras y silencios, la reiteración de algunas de ellas, el mirar directo a cuantos me escuchaban.

Todos me seguían con una atención que iba en aumento. Algunos estaban ya casi hipnotizados por aquella mirada limpia que les abría su corazón y ni siquiera llegaban a oír los llantos de los niños desnudos en brazos de sus madres que los mecían en el aire para que callasen y no perturbasen el sonido de las palabras vivas.

A mí no me importaban los llantos, estaba acostumbrado. Ni el ruido, el desorden o las interrupciones. Disfrutaba siendo escuchado. Disfrutaba hablando mientras manejaba con astucia las perlas favoritas de un deslumbrante collar de palabras:

—Todo lo que habéis perdido lo echáis de menos, pero no olvidéis que a pesar de todo aún lleváis dentro algo que no os han podido arrebatar. —Estaba acercándome al eje del relato. Mi mano dibujó en el aire una figura imaginaria—. Es una llave. Esa llave abre todas las puertas. —Hice una pausa prolongada a conciencia—. Se llama ESPERANZA. —De nuevo un silencio—. ¿Qué queda si no hay ESPERANZA? Ella os ayudará a resistir y a creer que llegará un día en el que vuestros hijos volverán a la tierra de sus padres y aprenderán a vivir sin violencia ni rencor, olvidándose para siempre de los horrores de la guerra que tanto habéis sufrido.

La misma mujer arrugada y oscura, que se acercó a mí sin decir palabra para entregarme el cuchillo de hoja curva, me interrumpió:

—¿Qué esperanza puedo tener yo? ¿No me reconoces? —preguntó esta vez.

Yo había aprendido a olvidar a voluntad y sólo tuve que negar con la cabeza. Quería seguir con mi relato. Por eso dejé de mirarla, pero la mujer insistió:

—Yo te arrebaté de los pechos de tu madre para amamantarte. Tu padre me lo pidió y acepté porque era el único hombre a quien

yo amaba. Fue mi leche la que mojó tus labios hasta que llegaron las guerras y tu padre me abandonó. Desde entonces estoy aquí sin esperanza alguna. Tu padre murió y sin embargo tú has llegado ahora, seguramente de muy lejos.

Callé. Sabía que no siempre bastaba con las palabras; que no eran suficiente. También las palabras podían empujar y convencer para dejarse llevar por falsas razones. Yo, que había sido guerrero, el más feroz de los adversarios, sabía bien de qué hablaba: luchar por impulsos equivocados. No quise seguir el hilo de aquel razonamiento porque me haría sufrir. Tampoco quise responder a la mujer y levanté la mano dándole a entender con un gesto sereno que se callara. Ella no dijo nada más.

Cuando mi propia mirada se volvió limpia, rompí el silencio para agarrarme al eje de la ESPERANZA y en torno a él hice girar de nuevo mis palabras:

—ESPERANZA —repetí—. Hay que agarrarse fuerte a ella, como el joven Príncipe derrotado en su primera guerra, que fue hecho prisionero pero abandonó las tinieblas agarrándose a las patas de una garza real. Un día vio cómo aquella garza venció a la serpiente clavando certeramente su largo pico en el ojo hasta que la hizo vomitar sangre. El Príncipe no lo dudó. Se agarró con fuerza a sus garras, trepó hasta abrazar su cuello y sobrevoló tierras y mares hasta que aterrizó en el país de su infancia donde sus padres le aguardaban esperanzados. Ellos no perdieron nunca la ESPERANZA de que algún día volvería de la guerra y les devolvería la paz.

—Aquí no hay garzas reales —interrumpió un hombre joven—. Ni siquiera hay pájaros y la tierra de nuestra infancia no existe, la quemaron.

—Ya no queda nada más allá de lo que ves —habló una anciana—. ¿Qué podemos esperar?

—¿Qué podemos decirle a nuestros hijos? —se precipitó una mujer con su hijo desnudo en brazos.

Fue entonces cuando alcé la voz:

—¿Quién dice que una garza real no puede nacer entre vosotros?  
¿Quién puede negar que la condena no es eterna y que las tinieblas se diluirán como tinta negra en un mar de agua pura?

Todos callaron desconfiados y dejaron de preguntar. Giré sobre el círculo completo mirando a todos en silencio antes de proseguir levantando mi vara y agarrándola fuertemente con la otra mano.

—Cuando eso ocurra, agarraros bien a sus garras y os sacaré fuera de aquí. Podréis volar a otros valles, creedme; y a otros mundos donde todo volverá a nacer de nuevo. Mundos llenos de respeto y honestidad; mundos tolerantes, solidarios, llenos de amor y de paz. Pero no os confundáis —advertí señalando con la vara a los que tenía enfrente—. Mientras la desconfianza reine en vosotros, sólo se acercarán pájaros de plumas negras dispuestos a derrotaros. Será vuestra confianza la que haga anidar aquí entre vosotros a la garza real. No temed. Debéis creerme firmemente.

Todos se sintieron reconfortados y por una vez se miraron a los ojos, confiados. Pero enseguida empezaron a dudar y a reprocharse los unos a los otros. Querían saber más, querían preguntar pero yo supe que era el momento de retirarme a descansar. La mujer arrugada y oscura se ofreció a acompañarme.

Caminamos en silencio.

Cuando ya estábamos llegando a la tienda, me detuve y la miré, incapaz de frenar el impulso incontenible y a traición que me llegó por dentro:

—¿Quién te dio el cuchillo? —Olvidé mi promesa de no hacer ese tipo de preguntas.

—Nadie —contestó la mujer sin perder la mirada de mis ojos—. Lo encontré tirado en el suelo. Supe que era tuyo y que volverías. No esperaba verte así y sobre todo no esperaba escucharte hablar de esa manera. Cuando eras un niño apenas pronunciabas unas pocas palabras y ahora...

—No soy yo quien habla.

—¿Quién entonces?

—No lo sé. Todo lo que yo digo ya lo han dicho otros, pero nadie quiere oír.

La mujer arrugada y oscura me puso la mano sobre mi brazo:

—Algunos dicen que te han reconocido y que mañana te irás.

—Sintió el calor de mi cuerpo y recordó su olor cuando yo era un niño. Fue ella la que tuvo que romper el silencio:

—Si es verdad, no sigas adelante. Sólo encontrarás más horror y tu vida volverá a correr demasiado peligro.

—No me importa. Conozco este valle.

—Lo sé. Tú naciste de una guerra. Ya no queda nada. Todo está destruido. Sólo hay ruinas.

—Aun así debo continuar.

—¿Sabes que fue tu madre quien mató a tu padre?

—Sí.

—No puedes saberlo. Eras demasiado niño.

—Aun así, lo sé.

—Te has vuelto muy extraño.

—Tienes razón. ¿Qué importa lo que yo sepa?

—Pensé que habrías venido a eso. Para saber.

—Te equivocas.

—No. Debes saber para aceptarlo, recuérdalo. Es la única manera para poderlo comprender después —y siguió hablándome sin esperar respuesta—. Tu madre era una mujer muy querida por su bondad de corazón. Pero cuando llegó la guerra, tu padre, que era el general más fiel a su rey, a pesar de sentirse orgulloso de haberte engendrado con amor, quiso sacrificarte en el altar, en una ofrenda de sangre, para que los vientos ayudaran a merecer la victoria. Te arrancó de los pechos secos de tu madre y ella, desesperada, conociendo sus intenciones, lo mató. Yo sólo pude huir y buscar refugio aquí, en este sitio tan desamparado.

Guardé silencio, sin querer responder.

—¿A qué has venido si no? —preguntó ella decepcionada.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Nunca lo sé. Ni quiero saberlo —dije volviendo la espalda bruscamente.

La mujer comprendió, se apartó y dejó que me alejara con mi vara hasta meterme en la tienda.

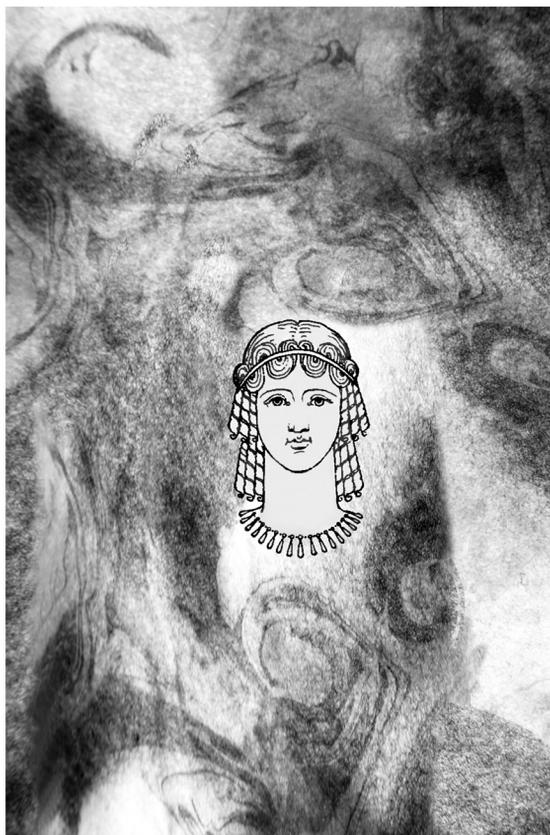


Cuando todos se durmieron, abrí el saco y saqué el cuchillo de hoja curva. Contemplándolo entre mis manos volví a ser aquel hombre desesperado, tiempo atrás, que en pocos segundos estaba a punto de perderlo todo. Por un momento se me vino a la mente lo ocurrido aquella lejana noche, en medio de la tempestad, en la que mi barco, azotado por el viento, fue asaltado, las mujeres violadas y las velas incendiadas antes de naufragar.

Me di cuenta que aún seguía sintiendo el golpe de las olas sobre mi cara, el mismo rencor contra todo y la misma rabia por haber perdido lo que más quería en el mundo: mi amada Helena y mi hija Khala. Agarré con fuerza la empuñadura plateada del cuchillo y comencé a llorar.

Fue el remordimiento el que movía mis lágrimas.

Pronto aquellas lágrimas se transformaron en un océano de olas gigantescas contra las que luchaba mi cuerpo entero para no morir ahogado, angustiado por la suerte de lo que más amaba. Apenas las pude ver un instante, agarradas a la borda, luchando por no caer al mar. La furia del oleaje, el resplandor de los relámpagos, los guerreros al abordaje con sus sables y puñales en la mano, los rayos como animales salvajes que se volcaban sobre mí para devorarme: todo



*mi pequeña Khala*

volvía de nuevo tan real como si lo estuviera viviendo en este mismo instante. Hasta sentí tragar el agua ensangrentada del mar.

Mi amada Helena, con sus vestidos desgarrados y sus pechos ultrajados al aire, agarraba enloquecida la mano de la niña hasta que sus tiernos y débiles dedos no pudieron aguantar más y resbalaron soltándose entre gritos de desesperación. Primero vi caer al agua a Khala con su vestido azul; luego fue la madre lanzándose detrás para salvarla. Fue la última vez que las vi. Qué amargo dolor.

No fui capaz de rescatarlas.

Un hombre corpulento intentaba seguir vivo agarrándose a mí entre las olas. Aquel malaventurado no sabía nadar y luchaba por salvarse enganchándose a mis piernas y manos. Al ver que así no podría bracear y que terminaría por hundirme, no dudé en matarlo: saqué mi cuchillo de hoja curva y le rajé el vientre de abajo arriba hasta llegar a su corazón.

¿Valía más mi vida que la de aquel malaventurado?

Sí, sin dudar. Y en ese instante lo valía todavía más la de la mujer que yo amaba y el fruto de aquel amor prohibido por el que ahora me zambullía desesperado bajo el agua. Pero fue demasiado tarde. Me enredé entre mástiles hundidos, lonas y cuerdas que me hacían imposible avanzar hacia las profundidades. No volví a verlas por más que lo intenté.

Cuando ya no me quedaba aire logré sacar la cabeza fuera del agua y respiré angustiado. Agua y aire a la par entraron en mi boca como un punzón que atravesó la garganta y me despertó.

Ya no pude dormir más en toda la noche.



Esperé con paciencia el comienzo del amanecer para abrir al azar el «*Libro de los Proverbios*»:

*«La angustia del corazón deprime al hombre  
más una palabra buena le alegra»*

Cuando salí de la tienda, recién amanecido, vi que muchos me estaban esperando. Habían pasado la noche sin dormir, a la intemperie, velando por mí para rogarme que me quedara allí con ellos, que no siguiera el camino que me adentraba en el valle, que no los abandonara.

No lograron convencerme.

Yo no dije nada, hiqué mi vara en la tierra y con el saco al hombro seguí mi camino. Tardé horas en atravesar el inmenso campo de refugiados.

Al abandonarlo me extrañó el silencio que encontré. No lo recordaba así. Cada vez la tierra era más seca, desaparecieron los pocos árboles que aún se mantenían en pie y no vi a ningún pájaro cruzar un cielo lleno de grandes nubes oscuras que de vez en cuando escupían una lluvia fina de color negro.



Después de mucho caminar llegué a una aldea de piedra completamente desolada y en ruinas cubiertas de una vegetación que recordaba a escamas de peces podridos. Sobre lo que parecían unos escalones había un hombre sentado con la cabeza entre sus manos y los brazos apoyados en sus rodillas. Me acerqué a él para hablarle. El hombre sintió mi presencia y se asustó.

—¿Quién eres tú? —preguntó desconfiado, levantando su cara.

Me di cuenta que un pellejo seco y hundido llenaba los cuencos de sus ojos. No dije nada. Me agaché y le cogí la mano. Enseguida el sonido de mis palabras lo calmaron:

—Un peregrino, buen hombre, ¿qué haces aquí sentado en medio de estas ruinas?